

Pier Candido Decembrio. *La libertad de dudar* (*Ex ignorantia in certitudinem*), edición y traducción de Helena Terrados, Sevilla, Thémata Editorial, 2025, 60 pp.

José Manuel Ruiz Vila

<https://www.doi.org/10.5209/cfcl.106009>

«Soldado y embajador, pero también literato, traductor y poeta» (p.8). Así define, y resume, Helena Terrados la compleja personalidad del lombardo Pier Candido Decembrio, ejemplo perfecto de ese *uomo universale* que el Renacimiento y el Humanismo italiano estaba comenzando a difundir por toda Europa ya desde los albores del siglo XIV y, especialmente, a partir del XV. En efecto, el primer apartado de la introducción (pp. 7-31), titulado «Pier Candido Decembrio: una vida dedicada a la corte y al pueblo» (pp. 7-13) nos pone al corriente de su azarosa vida como soldado, político y hombre de letras. Natural de un pueblecito cercano a Pavía, Vigevano, recibió los rudimentos de las letras en Milán, pero tras el arresto de su padre, tuvo que marchar a Génova para regresar más tarde cuando Filippo Maria Visconti ya estaba al frente del ducado: primero fue su secretario, luego su canciller. Hasta el fallecimiento del duque, 1447. Pier Candido pudo hacer gala no solo de sus dotes políticas, sino también literarias dando a luz obras como el *De laudibus Mediolanensium urbis panegyricus*, la *Historia peregrina* o el diálogo *De vite ignorantia*, que es el objeto de estudio de la presente publicación. La traducción tanto del griego al latín como del latín al romance, actividad que se conocía en su momento como *volgarizzare*, también estuvo entre sus afanes; de hecho, Decembrio fue el primer traductor de la *Iliada* al latín. Tras la caída de los Visconti y el establecimiento de la breve República Ambrosiana, Decembrio supo adaptarse a la nueva realidad y no perdió influencia política. Se dedicó entonces a los viajes por las principales ciudades de Italia y se reconcilió finalmente con la nueva familia que ocuparía el poder en Milán, los Sforza. Se conserva en la Basílica de San Ambrosio en Milán, junto a la tumba de su padre y de una hermana fallecida antes que él, el sepulcro con el epitafio que, seguramente, redactó él mismo, y que figura traducido en la primera página de la introducción. En el siguiente apartado, «Vidas, cartas y versos: otras muestras de la producción de Decembrio» (pp. 13-15) la autora menciona y describe brevemente otras grandes obras de Pier Candido, como la *Vita Philippi Mariae Vicecomitis* o biografía de Filippo Maria Visconti y, sobre todo, su *Epistolario* en prosa, “auténtico tapiz en el que se imbrican las mayores personalidades del panorama humanista del momento” (p. 14), un total de más de quinientas setenta cartas. También se alude a los *Epistolarum metricarum et epigrammaton libri*, un conjunto de 150 poemas de breve extensión que demuestran “un deseo sincero por abordar la cultura, el arte y la sociedad desde una perspectiva literaria” (p. 15). El tercer apartado, «Ser un ignorante (*De vite ignorantia*)» (pp. 16-22) tiene por objeto la descripción del propio diálogo, dedicado a un cierto Ruglero, posiblemente Ruggiero Sacco, como consta en el prólogo original de Decembrio. Los protagonistas, el mismo Decembrio y Zanino Ricci, secretario de Filippo Maria Visconti, dialogan animadamente sobre la forma de encontrar el mejor modo de vida, aquel que nos lleve a alcanzar la felicidad, es decir, una vida tranquila libre de preocupaciones. La gran novedad del autor milanés será la forma de transitar hasta esa felicidad por los “postulados del hedonismo y el epicureísmo” (p. 17). Al inicio del diálogo Decembrio le manifiesta a su oponente dialéctico su deseo de lograr los medios

materiales para alcanzar una vida “tranquila y placentera”, lo que no ha de interpretarse como la búsqueda de la riqueza en sí misma, sino solo de los medios necesarios para mantener la dignidad de vida. A partir de ese momento, Zanino comienza el repaso por todos los estados de vida, desde el estado religioso hasta la vida política, pasando por todas las profesiones liberales y artes manuales del momento e, incluso, por el matrimonio con una mujer adinerada. Sin embargo, y para sorpresa del lector, los dialogantes no llegan a conclusión alguna porque la conversación se interrumpe de forma repentina al acusar Zanino a Decembrio de no saber qué quiere y de hacerle perder el tiempo: “Así pues, que te vaya bien con tu inestabilidad”; a lo que Decembrio responde: “Y a ti, por el contrario, con tu ignorancia” (p. 60). Y aquí radica una de las claves de la interpretación del texto: la verdadera ignorancia es la acumulación de saber sin posibilidad alguna de dudar, de dudar sobre su conveniencia, su utilidad, su sentido último. Decembrio, en su aparente inestabilidad, en su “libertad de dudar”, como atinadamente se titula el volumen, no podrá ser nunca el ignorante. La duda y, por tanto, la incerteza, nos lleva a la búsqueda del conocimiento. En cierto modo recuerda este breve diálogo al *Speculum vite humane* de Rodrigo Sánchez de Arévalo (1468), donde el propio autor conversaba con su madre sobre la búsqueda del mejor modo de vida. La diferencia, sin embargo, entre ambas obras es abismal. Mientras que el tratado de Arévalo es de carácter consolatorio, porque no habrá felicidad en ninguno de los modos de vida y como tal hemos de aceptarlo, el de Decembrio, por el contrario, al no dar una respuesta clara, nos anima a seguir buscando esa posible solución donde la tradición estoica tiene poco o escaso recorrido y se impone una nueva actitud frente a la vida. Además, como bien indica la autora, Decembrio sabe lo que busca, el ciceroniano concepto del *otium cum dignitate*, porque se conoce a sí mismo: el problema es que no lo encuentra, mas no se resigna por ello. En el último apartado de la introducción, titulado «Nuestro texto» (pp. 22 y 23) la autora nos pone al corriente de la única edición crítica disponible hasta el momento basada solo en dos testimonios, pero menciona otros cinco manuscritos que no han sido aún estudiados. A continuación figura una utilísima Cronología (pp. 24-28), la Bibliografía citada (pp. 29-31) y una reproducción facsimilar del prólogo al diálogo según el manuscrito de Leiden (p. 33).

La brevedad de la introducción, sin duda impuesta por criterios editoriales, no le ha permitido a la autora dedicar demasiado espacio para especificar su estrategia traductológica, pero basta saber que esta ha pretendido ser “un reflejo de la naturalidad del diálogo, la espontaneidad de las intervenciones de sus interlocutores, sin sacrificar, al tiempo, la sutiles reflexiones filosófico-morales que afloran, de tanto en tanto, de las palabras del lombardo” (p. 23). Y, en efecto, así es. La traducción refleja un diálogo animado, ágil, vivo y dinámico, pero nunca demasiado coloquial o vulgar y sí muchas veces atrevido, mordaz e irónico. Por ejemplo, hablando de los abogados, Zanino se expresa en estos términos: “¿Y qué me dices de los picapleitos, que defienden en el juicio los derechos de los pobres y oprimidos y de vez en cuando despabilan a los jueces adormilados y ganan mucho dinero?” (p. 45); en otra ocasión, a propósito de la geometría, Decembrio responde: “Es útil para el que mide sus tierras y posee mucho, pero el que mucho necesita no tiene nada que medir más que su pobreza” (p. 48). En definitiva, una lectura muy recomendable, no solo por la reflexión que subyace al breve, y aparentemente superficial diálogo, sino por una traducción que ha sabido plasmar en nuestra lengua ese dinamismo propio del latín humanístico.